

¡Llega la deseada!

Fuertes y nobles, aquellos hombres de Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria, Rusia y Turquía, que por encima de todo prejuicio de raza e interés nacionalista, han proclamado el derecho de los pueblos a realizar la paz, iniciando los primeros actos de su soberanía por medio de la revolución.

Por ellos, por el magnífico gesto de sacrificio que han tenido, haciendo frente al despotismo interior y al despotismo que llega en son de venganza y predominio desde más allá de la frontera, borran el tildado de servilismo y de disciplina militarista que sobre ellos pesaba, dando un alto ejemplo de rebeldía al mundo.

Grandes, quienes, como Adler, Nicolai, Liebknecht, expusieron su vida por defender ideales de progreso; y también, los que rebelándose hoy, salvan su dignidad de hombres, reparando su profundo error guerrillero y la colaboración delincuente con los gobernantes y la burguesía.

Los hombres que durante más de cuatro años sobrellevaron sin desfallecer un solo instante los terribles quebrantos y dolores que impone la guerra, con el peso de plomo de las mayores tiranías, conservando todavía el vigor suficiente para rebelarse, son en verdad dignos de consideración y respeto.

La bandera de los tiranos, ha sido reemplazada en numerosos lugares por la bandera de las reivindicaciones populares: la enseña roja.

En este momento de las decisiones y soluciones extremas, los despotas ríen. Lloran, los que han sido barridos de lo alto por el mar embravecido de la revolución. Ríen, quienes se consideran triunfadores, y por tal, créense seguros en el sitial de honor desde donde ejercitan su despotismo sobre los pueblos.

Pero el contagio, es un fenómeno normal. El sentido de imitación, es la cualidad esencial de las grandes colectividades.

La bandera roja, que tremola triunfal sobre las campiñas germanas y las poéticas ciudades de Hungría, no dejará de desplegarse al viento a la orilla del Támesis, el Tíber y el Sena, como el símbolo augusto de santas y humanas rebeliones.

La voluntad de los oprimidos, triunfa de sus verdugos y crueles enemigos; es la revolución que llega y apaga el colosal incendio de la guerra, derrotando los imperialismos y las autocracias prepotentes, liquidando los tronos y haciendo rodar por el suelo las coronas y demás símbolos del poder.

Proclaman los gobernantes aliados el triunfo de sus armas en esta sin igual contienda bélica, que ya lleva sacrificados inutilmente, en una orgía de crímenes, algunos millones de hombres; pero lo cierto es, que los vencedores de la guerra y nobles heraldos de la paz son los revolucionarios, que, leván-

tándose contra los gobiernos, han impuesto su voluntad para que cese la matanza y el sacrificio de los pueblos que, por amor propio y en beneficio de los intereses de los poderes dominantes, se venía realizando.

Son las fuerzas de la revolución las que imponen la paz, elevando, sobre la autoridad de los que mandan, el derecho y la libertad de los pueblos.

No son las fuerzas de la Entente las que triunfan y traen la paz; es la revolución.

¡Gloria, pues, a los hombres que desde la cárcel ayer y desde la calle hoy, no han vacilado nunca en el propósito de liberación y por la destrucción definitiva del despotismo!

De ellos, hay que esperar el triunfo del derecho y la justicia, y no de la espada de mariscales ni de la pluma de gobernantes titulados demócratas.

La Entente, aprovecha las circunstancias para apoderarse de lo que hasta ahora ha venido ambicionando; explota en su beneficio los resultados de la revolución, engrandeciendo su imperialismo a costa de los sacrificios nobilísimos de los libertadores.

Pero, no haya temor!... Los gobernantes, deben caer; caerán, fatalmente. La hora de su destino final, ya empieza su curso.

Los tronos se desploman, y las fuerzas verdaderamente democráticas, se hacen presentes al fin.

No es, lo que sucede, el advenimiento de un régimen libertario; pero es un progreso real sobre lo que era; un reconocimiento universal de los derechos, desde hoy inquestionables, del proletariado.

No pasará en vano sobre Europa esta racha de revolución; otros tronos que al parecer están solidamente cimentados, caerán impulsados por este soplo viril y renovador.

Revolucionarios de Turquía, de Rusia, de Bulgaria, de Austria-Hungría y de Alemania, que habéis elevado sobre el mastil de las naves de combate, sobre los torreones y palacios de los gobiernos despotas, la bandera roja de la revolución, sois los dignificadores de la especie en esta gran jornada, salváis con vuestro sacrificio, la verdadera causa de la libertad, la justicia y el progreso de los pueblos.

Los espíritus mejor inspirados en el campo de los aliados, están todavía en las cárceles, oprimidos por los gobiernos que hablan pomposamente de libertad y de democracia. Ellos, no han podido impedir la matanza, ni pueden tampoco detenerla. A vosotros, más afortunados que ellos por cuanto ya vuestras cadenas se han roto, toca alcanzar la paz de los pueblos y no la paz de los gobiernos; a vosotros, toca destruir todas las gerarquías y diferencias de clase y de casta, cerrando para siempre el ciclo del militarismo.

El lenguaje de los gobernantes, debe ser desoído; sean ellos titulados ultra-avanzados como Lenin y Trotski, ultra-democráticos como

Wilson, ultra-burgueses como Clemenceau o ultra-imperialistas como Jorge y Victor Manuel.

Por vosotros, revolucionarios, el hermoso gesto emancipador de los rusos, no se perderá; dará sus frutos sobre el mundo, aún después que el egoísmo y el afán de dominación caudillesca de algunos de sus hombres, haya comprometido sus valores y ensombrecido sus altos ideales.

La tolerancia religiosa

¡Cambian los tiempos!...

Las religiones comienzan a practicar la tolerancia, a entenderse, a reemplazar, por el apoyo y respeto mutuo, las luchas y guerras que han mantenido en todo tiempo.

El milagro de la tolerancia, comienza su curso en el mundo, inicia la dulcedumbre de sus humanas prácticas, desde el momento que la duda invade las almas y las creencias pierden la contextura granítica de la fé absoluta y del fanatismo que tantas vidas a sacrificio inutilmente y obstáculos ha elevado en el camino del progreso.

La era de las piras y de los tormentos ha pasado, para no volver más; la ciencia ha apagado la luz de la fé que armaba la mano de Loyola y encallecía en la crueldad el corazón de Arbués.

En tiempos en que las convicciones son poco seguras y la duda, asalta las conciencias más firmes y los espíritus más cerrados, no tiene nada de extraño que fraternicen, que se toleren y hasta se entiendan en la obra de defensa común, las diferentes religiones de mayor volumen que existen en el Orbe.

Cuando las religiones gozaban de una autoridad indiscutible porque eran fuerzas dominantes y absolutas, la tiranía de su intolerancia primaba en todos los órdenes e invadía todas las esferas de la actividad de los hombres; pero la decadencia de su poderío, de igual modo que la decadencia de las organizaciones militares, favorece el ejercicio de las virtudes más humanas, que son, el respeto de las ideas de los demás, la libertad de pensamiento y la solidaridad bien entendida.

En esta guerra, todavía no extinguida por la culpa de los criminales que gobiernan y contrariando abiertamente la voluntad de los pueblos, se ha dado frecuentemente el caso que, el pastor protestante y el rabino judío, hayan acercado a los labios del soldado moribundo que ha hecho profesión de fé católica, el crucifijo romano, que ambos, no obstante, juzgan sin otro valor que aquel que puede tener para un hombre civilizado el fetiche de los negros de África.

Cuando las creencias eran inconvertibles y constituían para el individuo la suprema certeza, las religiones distintas a la propia eran consideradas como aberraciones criminales, como abominables supersticiones y herejías que exigían dura espriación e implacable castigo.

Ahora, que esas certidumbres pasan por un período crítico y un algo así como humo de incredulidad flota en el ambiente, las religiones diversas se entienden como modalidades distintas de una misma, y los diferentes dioses, son considerados en el plano de un Dios único, bajo diferentes aspectos y denominaciones.

La evolución, no puede ser más real de lo que es. Allí donde la fuerza, el imperialismo y gobierno disminuyen, la fé perece, surgen triunfantes, la razón y la libertad, el apoyo mutuo y amor fraternal, aún entre tracciones intolerantes como son por naturaleza quienes viven al margen de la investigación, cerrados a cal y canto para toda idea y para toda verdad, en un exclusivismo delincuente.

En una reunión habida últimamente en Nueva York, «fiesta de la caridad, moral y material, para la guerra», el obispo de los protestantes abrió el acto con un discurso, siguiéndole en el uso de la palabra el cardenal Gibbons y después, los representantes de otras creencias, en el mayor acuerdo fraternal.

Un escritor comenta el hecho del siguiente modo:

«La gran reunión de ayer en Nueva York, dice bien claro que la religión, la de todos, es ser bueno, piadoso, tolerante, y que los rayos de la excomunión y las hogueras de las persecuciones, son barbarie y nada más».

Sin embargo, han pasado siglos ante que esto fuera posible, y han corrido ríos de lágrimas y de sangre por culpa de la nececidad de los creyentes y de su torpe fanatismo primitivista y bárbaro.

TENEBROSOS

Dos comisarios de policía han conocido la Correccional.

Un juez, de los pocos que evidencian algo de rectitud, decretó orden de prisión contra ellos, siendo la policía de investigaciones la encargada de prenderlos.

El comisario Fontana de la comisaría 10.ª y Beunza de la comisaría 2.ª habitan confortables celdas a esta hora bajo la inculpa de tenebrosos.

A su vez ellos, acusaron al jefe político Sampognaro, el que no ha sido detenido en virtud de que lo ampara la ley. Hay complicados en el lio diputados y senadores.

En el número próximo, haremos crónica del asunto.

UN GRAN LIO

La prensa burguesa se ha hecho eco de un chantaje, venta, complot y que se yo más, donde entran en danza gremios, Centros, Federaciones y el oro alemán.

Nos quedamos con la boca abierta de puro asombrados.

A decir verdad, tanto los acusadores como alguno de los acusados, no velen en verdad dos cobres y son capaces de cualquier cosa.

El tal Nino, es un bandido; Falco, capaz de explotar a medio mundo; a Gozalbo, se le hace escribir lo que se quiera al vil precio de una cafita.

Las ideas de Tolstoy

EL ESTADO

A. Para los pueblos superiormente civilizados de nuestra época, no puede menos Tolstoy rechazar, a la vez que el Derecho, la institución jurídica del Estado.

«Es posible que haya habido una época en la cual el bajo nivel de la moralidad y la inclinación de los hombres en general a usar unos contra otros de la violencia, hicieran ventajosa la existencia de una fuerza o poder que pusiera límites a aquella violencia individual; es decir, una época en que el poder del Estado era menor que el de los particulares individuos entre sí. Pero tal estado de cosas, en que la existencia del poder político es preferible a su no existencia, no puede ser duradero; cuanto más van abandonando los hombres su propensión a servirse de la violencia, y más se dulcifican las costumbres, y más degeneran los gobiernos a causa de la carencia de trabas en su obrar, tanto menos valor va teniendo el poder político. En este cambio, o lo que es igual, de una parte, en el progreso moral de las masas, y de otra, en la degeneración de los gobiernos, consiste toda la historia de los dos últimos siglos». «Yo no puedo demostrar, ni que la existencia del Estado es siempre necesaria, ni tampoco que es siempre perjudicial; lo único que sé es que, por un lado, para mí el Estado no es ya necesario, y por otro lado, que yo no puedo ya hacer aquellas cosas que son necesarias para la existencia del Estado».

«El cristianismo, en su verdadera significación, suprime el Estado», porque niega todo gobierno. El Estado se opone al amor, es decir, al precepto de que al mal no se debe resistir con la violencia. Pero no es sólo esto, sino que, por lo mismo que el Estado funda una soberanía, es también un estorbo para que, por medio del amor, «sean hijos de Dios todos los hombres y exista entre todos ellos la igualdad»; por consiguiente, aun prescindiendo de que, en cuanto institución para el Derecho, se apoya sobre la fuerza, es preciso rechazar al Estado. «Es una afirmación tan atrevida como infundada la de los que dicen que la doctrina cristiana no se propone otra cosa sino salvar al individuo, y que no se refiere a las cuestiones y asuntos generales concernientes al Estado». «Para todo hombre recto y serio de nuestra época, debe ser una cosa evidente que el verdadero cristianismo—la doctrina de la humildad, del perdón, del amor—no puede conciliarse con el Estado y su altanería, sus hechos violentos, sus penas de muerte y sus guerras». «El Estado es un ídolo, y su inadmisibilidad es independiente de la forma que adopte, importando poco que ésta sea de monarquía absoluta, la de convención, consulado o imperio de un Napoleón I o de un Napoleón III, o de un Boulanger, la de monarquía constitucional, la de la Commune o la de república».—Tolstoy describe detalladamente estas afirmaciones.

1. El Estado representa la soberanía de los peores, llevada a su grado más extremo.

El Estado es soberanía. El go-

bierno es dentro del Estado «una reunión de hombres que ejercen violencia sobre los demás». «Todos los gobiernos, así los despóticos como los liberales, han venido a ser en nuestro tiempo lo que Herzen ha llamado muy oportunamente «un Gengiskan con telégrafos». Los hombres que poseen el poder hacen uso de la fuerza, no para vencer el mal, sino sencillamente para su propio provecho, o caprichosamente; y los demás hombres se acomodan a la violencia, no porque crean que ésta ha de emplearse en beneficio suyo, o sea para librarlos del mal, sino tan sólo porque no puede extinguirse de ella». «No se han unido Niza a Francia, la Lorena a Alemania, Bohemia al Austria; ni se repartió Polonia; ni se han sometido Irlanda y las Indias a la soberanía inglesa; ni se combate con China; ni se da muerte a los africanos; ni se expulsa de América a los chinos y se persigue en Rusia a los judíos; no se hace nada de esto por que sea bueno para los hombres, o necesario, o útil, y porque lo contrario sería para ellos malo; sino tan sólo porque así les place a los que disponen de la fuerza».

El Estado representa la soberanía de los peores. «Los defensores de la soberanía política dicen que si se suprimiera el poder del Estado, quedarían imperando los hombres malos sobre los menos malos». Pero ¿es que efectivamente la fuerza que en el Estado ejercen unos hombres sobre otros se halla siempre en manos de los mejores? «Cuando Luis XVI, Robespierre, Napoleón se hicieron dueños del poder, ¿quién ejerció la soberanía, los mejores o los peores? ¿Cuándo mandan los mejores, cuando poseen la fuerza los versalleses o cuando la poseen los comuneros; cuando se halla a la cabeza del gobierno Carlos I, o cuando se halla Cromwell? Y cuando era zar de Rusia Pedro III, y luego, después de su muerte, ejercían el poder de los zares, en una parte de Rusia Catalina, y en la otra Pugatschew, ¿quienes eran los malos, y quiénes los buenos? Todos los hombres que se hallan en posesión del poder afirman que su fuerza es necesaria para que los malos no opriman a los buenos, dando como cosa evidente que los buenos son precisamente ellos, y que ellos son los que protegen a los otros buenos contra los malos». Mas, de hecho puede perfectamente suceder que no sean los mejores los que se han apoderado de la fuerza y la conservan. «Para conseguir y conservar el poder, es preciso amarlo. Pero los esfuerzos que se hacen por apoderarse de él no suelen ir unidos con la bondad, sino precisamente con las propiedades contrarias a ellas, con la arrogancia, la soberbia, la astucia y la crueldad. Si elevarse sobre los demás, sin someter y aniquilar a éstos, sin la hipocresía, la mentira, las prisiones, las fortalezas, las penas, el asesinato, no es posible adquirir ni mantener el poder». «Es cosa verdaderamente ridícula hablar de cristianos dueños de la fuerza y el poder». A lo que debe añadirse «que la posesión de la fuerza perjudica a los hombres». «Los hombres que tienen el poder en sus manos no pueden hacer otra cosa sino abusar del mismo, pues la posesión de una fuerza tan temible les deslumbray

confunde indefectiblemente». «Ninguno de cuantos medios han ideado los hombres para impedir a los poseedores del poder que subordinen el bienestar colectivo al suyo propio, ha producido efectos hasta ahora. Sabido es de todo el mundo que aquellos que ejercen el poder, trátense de emperadores, de ministros, de jefes de policía o de agentes de seguridad, justamente por ejercer el poder, son más inclinados a la inmundicia y a la subordinación del bienestar colectivo al suyo propio, que no aquellos otros que no disponen de poder alguno; y no puede ser de otro modo».

El Estado representa la soberanía de los peores, llevada a su grado más extremo. «Los cálculos, y hasta los esfuerzos inconscientes de los poseedores del poder, van siempre encaminados a debilitar todo lo posible a los sometidos, pues cuanto más débiles sean éstos, tanto más fácil es reducirlos a la impotencia y aniquilarlos». «En el día de hoy no existe ya más que una sola esfera de la actividad humana de que no se hayan apoderado los gobiernos, y es la esfera de la familia, de la economía, de la vida privada, del trabajo. Y aun en esta esfera comienzan ya a ingerirse los gobiernos, gracias a las luchas de los comunistas y los socialistas; de suerte que, cuando las cosas vayan como los reformadores lo desean, los gobiernos regirán lo concerniente al trabajo y al descanso, a la habitación, al vestido y a la alimentación». «La más temible banda de ladrones no es tan espantosa como una organización política. Todavía los jefes de bandoleros encuentran limitado su poder por el hecho de que los individuos que componen la partida disfrutan cuando menos de una parte de libertad personal, y pueden negarse a la comisión de hechos que su conciencia repugna». Por el contrario, en el Estado no se conoce limitación semejante; «no hay crimen alguno tan horrible, que no puedan cometerlo impunemente los funcionarios públicos y el ejército, cuando tal sea la voluntad de aquel—Boulanger, Pugatschew, Napoleón—que se halla al frente del gobierno».

2. La soberanía en el Estado tiene por base la violencia corporal. Todo gobierno tiene como fundamento la existencia en el Estado de varios individuos armados dispuestos a hacer uso de la fuerza material a medida de la voluntad del gobierno; es decir, la existencia de una clase «expresamente educada para matar a aquellos cuya muerte ordene la superioridad». Esos individuos armados son la policía, y singularmente el ejército. El cual no es otra cosa que una colectividad de «asesinos disciplinados»; su educación consiste en enseñarles a ser homicidas, y sus victorias no son otra cosa que «homicidios». «El ejército ha sido siempre, y sigue siendo hoy, el soporte del poder. Este se encuentra siempre en manos de aquellos que mandan en el ejército, y de lo primero que han cuidado todos los depositarios del poder, desde los cesáres romanos hasta los emperadores alemanes y rusos, ha sido de su ejército».

El ejército mantiene la soberanía del gobierno, ante todo en las relaciones exteriores, defendiéndola con-

tra las usurpaciones de la soberanía procedentes de otros gobiernos. La guerra no es otra cosa que un litigio entre varios gobiernos por la soberanía sobre sus súbditos. «Mientras siga subsistiendo la insensata y perturbadora sumisión de los pueblos a los gobiernos, será imposible restablecer la paz internacional por medios racionales, esto es, por convenciones o arbitrajes». Por consecuencia de esta significación e importancia del ejército, «todo Estado se halla constreñido a aumentar sus armamentos enfrente de los demás Estados, y este aumento es contagioso, según anunció Montesquieu hace ciento cincuenta años».

Pero cuando se cree que los gobiernos matienen sus ejércitos solamente con el fin de la defensa exterior, se olvida «que esos gobiernos, para lo que en primer término utilizan el ejército, es para defenderse a sí mismos contra sus oprimidos y esclavizados súbditos». «Poco tiempo hace que el canceller del Imperio alemán, habiéndosele preguntado en el Reichstag por qué se invertía el dinero en aumentar el sueldo de los suboficiales, declaró terminantemente que se hacía necesario tener suboficiales de confianza para poder luchar contra el socialismo. Ahora bien; Caprivi no ha hecho sino manifestar de un modo expreso lo que todo el mundo sabe, por cuidadosamente que se le haya querido ocultar a los pueblos; no ha hecho sino declarar cuál sea el fundamento por el cual los reyes de Francia y los papas han tenido y tienen suizos y gendarmes; el fundamento por el cual en Rusia se instalan los reclutas de tal manera, que los regimientos del interior se nutren de reclutas de los límites, y los regimientos de los límites se nutren de reclutas del interior. Caprivi manifestó poco más o menos lo que todo el mundo sabe y todo el mundo siente, o sea que el orden vigente no existe porque debe existir, ni porque el pueblo demande su existencia, sino porque el poder del gobierno está sostenido por el ejército, con sus corrompidos suboficiales, oficiales y generales».

3. La soberanía del Estado tiene su base en la fuerza material de los dominados.

Es una característica del gobierno el pedir a los ciudadanos precisamente aquella fuerza sobre que el mismo estriba; de donde resulta que en el Estado «todos los ciudadanos son los opresores de sí mismos». El gobierno exige de los ciudadanos, tanto la fuerza, como su sostenimiento. Por esto es por lo que existe en Rusia la obligación general de prestar juramento cuando los zares suben al trono, dado que por medio de este juramento se promete obedecer a las autoridades, o lo que es lo mismo, a los hombres a quienes se ha dado el poder; de aquí proviene también la obligación de los impuestos, pues los impuestos se aplican en favor del poder; y la necesidad de los pasaportes, pues la expedición de los mismos es una prueba del reconocimiento de la dependencia en que se halla uno con relación al poder del Estado; proviene igualmente la obligación de ser testigo ante los tribunales y de tomar parte como jurado en la administración de justicia, pues todo juicio implica que se obedece al precepto de la

venganza; proviene además en Rusia la obligación que tienen todas las gentes del campo de prestar el servicio de policía, pues este servicio requiere el ejercicio de la violencia sobre nuestros hermanos; pero sobre todo proviene la obligación general del servicio militar, o sea la obligación de convertirse en verdugo y de prepararse para el ejercicio de la función de verdugo». El carácter general que tiene la obligación del servicio militar, revela bien claramente que el Estado no es cristiano, pues «todo hombre tiene que manejar armas homicidas, un fusil, una espada, y si no se ve obligado a matar, por lo menos tiene que cargar el fusil y afilar la espada, o lo que es lo mismo, disponerse para matar».

PABLO ELTZBACHER
(Continuará)

La embajada de Brum en Chile

MENSAJE AL PROLETARIADO DEL URUGUAY

Brum, es el lugarteniente de Viera, colaborador directo en su política y probable sucesor.

Viene del Norte, de visitar y rendir homenaje a Wilson, a su democrática política.

En Chile, ha recibido grandes homenajes, según lo comunican telegráficamente sus acompañantes de embajada o quizá él mismo.

En estos homenajes, para darle un mayor relieve, se ha hecho intervenir a la clase obrera de la ciudad de Santiago; pero sabemos, que dicha intervención es solamente nominal, para cubrir apariencias.

El telegrama que nos comunica el hecho, dice, que los obreros de Santiago, envían por intermedio del Dr. Brum un saludo al proletariado uruguayo.

El mensaje de saludo contiene elogios calurosos de las tendencias gubernativas del Uruguay, palabras de comediantes politiqueros de efecto circunstancial.

En él no se mencionan los incalificables atentados cometidos por la autoridad contra los trabajadores en el curso de la última huelga, donde se asesinó con alevosía infinita y criminal premeditación, a numerosos obreros conscientes.

Dicho mensaje no hallará eco en los trabajadores del Uruguay, no tendrá trascendencia internacional alguna, no llegará siquiera al seno de la organización obrera, pues que bien sabe Brum y demás políticos que los verdaderos trabajadores se entienden directamente, sin mediadores políticos de ningún género, y mucho menos en las circunstancias en que se encuentra actualmente el proletariado del Uruguay, frente al gobierno de Viera y de Brum.

Ese mensaje de los obreros de Santiago, mensaje apócrifo en lo que se refiere a su procedencia de las organizaciones gremiales de Santiago, mensaje de cuatro o cinco politiqueros que invocan por sí y ante sí la representación del proletariado santiaguino, le ha servido a Brum para decir cuatro frases de efecto.

Los párrafos de sus discursos, nos sirven para evidenciar su desconocimiento de los problemas económicos, principalmente de los asuntos en que intervienen los intereses opuestos del capital y el trabajo. «Solo por una inconcebible abe-

rración—ha dicho Brum—puede considerarse que hay incompatibilidad entre las clases obreras y capitalistas, cuando bastaría un poco de buena voluntad de la primera y un poco de buen corazón de la segunda, para establecer la anhelada armonía».

La «mentada buena voluntad» de los trabajadores, radica en dejar que el régimen capitalista se eternice, en permanecer mansos y dóciles esperando que su mejoramiento, en vez de ser obtenido por la acción directa y en nombre de la justicia, sea el resultado de la misericordia capitalista, del «buen corazón» que menciona este sociólogo de nuevo cuño que está en camino de alcanzar en breve la presidencia de la república.

Sus palabras, son las palabras efectistas de todo candidato político que anhela obtener, para subir al poder el concurso de las energías populares.

Su plan no es malo para sus fines personales, no obstante estar referido en absoluto con la realidad de las cosas.

A todos promete, según las circunstancias: al capital, al comercio y también al trabajo.

Habla de armonías entre el capital y el trabajo, precisamente cuando el mundo proletario se apresta en la vieja Europa a dar el golpe de gracia al capitalismo.

Como una demostración palpable de falacia política, de palabrerío inocuo, como es todo cuanto procede de labios de políticos, vamos a reproducir las palabras de Brum, donde hace profesión de fe obrerista.

«Elas quedan estereotipadas en letras de molde, como una demostración que nos será de utilidad en época futura, cuando hagamos el balance de sus hechos—si es que llega a ello—como presidente de la república».

«Debemos al obrero—afirmó Brum, en Chile—no solo el apoyo de leyes levemente protectoras, sino que estamos obligados a levantarlos con todas nuestras fuerzas de la inferior situación económica e intelectual en que una mala organización secular los tiene sojuzgados. No basta que nos preocupemos superficialmente de mejorar aquella situación; es menester que con tesón y entusiasmo suprimamos ese absurdo que permite que los obreros dediquen toda una vida de penurias al trabajo, con el objeto de tener exclusivamente lo necesario—para no morir de hambre. Un principio de solidaridad, de humanidad, de defensa de la especie, nos obliga a cambiar fundamentalmente esa oprobiosa tiranía de un egoísmo suicida. Pueden estar seguros los obreros de Chile de que seré fiel intérprete de los sentimientos de solidaridad con sus hermanos del Uruguay y al prometerlo así, hago votos vehementes por el mejoramiento de la clase trabajadora de Chile, del Uruguay, de la América toda, del mundo entero, como la aspiración ferviente de que en la humanidad alcance su definitivo reinado, la igualdad que no determina diferencia alguna de castas ni de clases entre los hombres».

Las palabritas, no pueden ser de una significación más efectista de lo que son; pero los trabajadores, conocen por experiencia el valor que tienen las palabras de los políticos en relación con sus hechos.

El hombre libre

En nombre de la libertad, algunos quieren sobreponer su idea y sus principios, sobre las ideas y principios de los otros. ¡Es la mejor manera de convencernos de que se quiere y se trabaja por la libertad y la felicidad de los hombres!...

Para demostrar que las ideas son buenas no hay mejor táctica a emplear, que imponerlas. Para darnos cuenta que todos los gobiernos son malos e innecesarios, es lo más recomendable que instauramos nosotros por ejemplo una dictadura.

Los hombres que tengan esas ideas, ideas geniales de verdad, evidencian gran sentido práctico. Las ideas las sienten en sentido de fuerza, y la fuerza busca siempre un empleo, algo en que ser aplicada y gastada. Al que no se deje convencer se le suprime.

Es la primera medida que toman dos hombres prácticos que se asocian, para imponerse a un tercero que les estorba. Y en verdad, que dos, desde el punto de vista de las mayorías, del derecho colectivo, tienen más razón que uno.

El gregarismo, es la ciencia social del día y hay que rendirle obediencia. Lo que se impone, vale y se cotiza es la cantidad, la masa, lo que forma mayoría. De ahí los plesbicitos y otras cosas nuevas que tienen olor a progreso democrático.

La calidad, es solamente para ciertos espíritus que ponen por lo alto, más arriba que los intereses y las comodidades, los valores de la libertad.

Donde se junten varios hombres, hay derecho a suponer que gestan de hecho una fuerza de coacción para el hombre libre; legislan leyes de conducta social y se erigen en nombre de un derecho muy elástico, en mentores y dictadores.

Pero el hombre que es hombre, que tiene en realidad el amor a sí mismo que se necesita para llamarse anarquista, riese de las legislaciones y de los sistemas en teoría o en uso, viviendo en plena rebelión contra lo que imponen y quieren las mayorías llamadas pueblo o las minorías de imbéciles con mando, llamadas gobierno.

El hombre libre se rie de la fuerza de los más y de los menos, pues que no reconoce otro valor que el valor del hombre entendido e interpretado en un sentido igualitario.

Pero, con esta ruta socialista o maximalista en que vamos ¿en que medio podrá existir el hombre libre?....

Walter Ruiz.

Comentarios de actualidad

LA PAZ Y LA AUTONOMIA DE LOS PUEBLOS

La política que siguen los gobernantes, es una política de bandoleros adoradores de la fuerza bruta.

Esta política, está basada en los mismos principios de despotismo, tanto en lo interior, en el curso de los conflictos que se suceden entre el pueblo y la autoridad, como en las luchas que, como la guerra, se llevan adelante entre las naciones.

La virtualidad de una declaración que hagan los gobernantes de un país, no alcanza nunca los efectos de una realidad.

Declararon los alemanes que estaban conformes con el enunciado democrático de los maximalistas que, como se sabe, confería a los pueblos la libertad de disponer de sí mismos; pero los efectos prácticos de esa declaración, alcanzaron a concretarse en todo lo contrario precisamente, es decir, en la intervención violenta en Finlandia Ucrania, Polonia, Lituania y Rumelia, países que, en consonancia con el principio de autonomía, debían gozar de plena independencia.

Los gobernantes de la Entente, también declararon por intermedio de Wilson, George, Clemenceau y Orlando, en oportunidad, que los fines de guerra de los aliados eran de alcanzar una paz justa, elevando Wilson a la consideración del enemigo y del mundo sus famosas

atorce cláusulas, donde en primer término estableciere la autonomía de los pueblos; pero ahora, como han cambiado las circunstancias y las actividades de los aliados dominan totalmente el curso de la guerra, reaparece en ellos los mismos afanes imperialistas y los mismos delinquentes anhelos de despotismo que se criticaban en los gobernantes alemanes. Los fines de guerra del imperio Británico, no eran imperialistas hasta haber; pero actualmente sostiene como el mínimo de sus exigencias, aunque no una indemnización por gastos de guerra, la retención en su poder de las colonias alemanas y la incautación de las flotas de guerra, para impedir que en el futuro el poder marítimo de Britania pueda correr algún peligro; y la mercante, para impedir toda competencia mercantil, haciendo de la libertad de los mares solamente una frase feliz y transformando a Alemania, en un país vasallo.

Las ambiciones de Inglaterra, se han despertado ¿quién será capaz de ponerle un límite? Las flotas, submarinos, aeroplanos y colonias, todavía es poco; para que la independencia de Alemania quede por siempre comprometida, se exige también Heligoland, que es como entregar la puerta de la casa al vecino, y someter de hecho a Alemania a la dominación e imperio de Inglaterra.

Una certidumbre en la etapa final de cada proceso de lucha, es el dominio de una fuerza sobre los demás; perenne violación de la justicia por los que gobiernan. ¿Qué tiene pues de extraño lo que sucede?

La autonomía de los pueblos es negada hoy por los aliados, como fué desconocida y atropellada ayer por los imperios centrales. Tenemos un ejemplo fresco. Boemia se ha constituido en una gran república independiente, que los aliados ya han reconocido; pero dentro de Bohemia, hay otra nacionalidad que tiene derecho a la independencia y que ya la proclamó la bohemia Alemana, poblada enteramente por alemanes, y que Wilson y demás gobiernos aliados contra todo derecho y razón se niegan a reconocer.

Estamos, pues, por motivo de los malditos criminales que offician de gobernantes, en la situación angustiosa y muy cierta de guerras futuras.

En la hora del reparto del botín, como en el juego inocente, pero no por eso desapasionado, del re-

parto de laureles y gloria, los gobernantes de la entente se disgustarán y comprometerán de nuevo la paz del mundo.

Esto es tan fatal, que podemos enunciarlo como una certidumbre.

La única salvación posible, radica en que los pueblos en guerra adoptasen aquel magnífico y libertario principio que proclamaron los maximalistas rusos—que fueron sin embargo los primeros en violar y desconocer, pactando con los gobernantes más reaccionarios y despóticos—y que negaba derecho a los gobernantes a concertar la paz y pedía la paz de los pueblos, la paz directa entre los trabajadores, sin intervención de diplomáticos ni de políticos.

Si; la salvación estaría en la paz justa de los pueblos, pero no en la paz criminal, en la paz de violencia y despotismo de los gobernantes bandidos de ambos bandos.

Carta abierta

(A UN TEOSOFISTA)

No podemos publicar tu carta, por los elogios que ella contiene para nosotros.

En cierto modo, te equivocas en tus apreciaciones. El anarquista, es un hombre como los demás; con pasiones ardientes, defectos muy grandes y alguna que otra virtud.

La principal de sus cualidades, es un gran amor por la justicia y la libertad.

El anhelo mayor de todo anarquista, es el progreso del hombre.

Hasta ahora la gran mayoría de los hombres solo han progresado en el vestir. Ya no llevan taparrabos, como en edades pretéritas; pero son por dentro, en el alma, tan salvajes como nuestros lejanos ascendientes.

El hombre, ha progresado en el sentido colectivista, como parte integrante de una tendencia, de una fuerza social; pero no, como unidad, como entidad independiente.

No hay mejor enseñanza al respecto, que la que nos brinda la realidad actual.

El mundo, está dividido en dos bandos. Se debaten dos colectividades, en nombre de dos principios que se suponen antagónicos.

Las tendencias en pugna, engloban a millones de hombres.

En la hora histórica en que vivimos nunca se habla del hombre libre, y sí, de los pueblos.

En nombre de la felicidad de los pueblos, hasta se constituyen las tiranías.

Es, generalmente, invocando la justicia y el derecho, como se ejercitan máximas intolerancias, crímenes tan inútiles, como son las guerras.

Lo que se debate en ellas, son ideas de hegemonía. Un bando, quiere dominar sobre el otro; y lo que hay prácticamente al final, es el despotismo.

La dictadura, sea encarnada en uno o ejercitada por muchos, no deja de ser lo que es. Cambiará su aspecto exterior, pero no su esencia.

El anarquista, habla un lenguaje de libertad.

En su léxico, figuran muchas expresiones en ese sentido.

El concepto del mal o del bien, de lo que es justo o injusto, se establece en relación de lo que favo-

rezca o estorbe la autonomía del hombre.

Se procede bien, cuando se proclaman y ejercitan los derechos propios, sin limitar los ajenos; se procede mal, ora cuando permitimos que se nos tiranice, o bien cuando a nuestra vez, nos convertimos en déspotas de los demás.

El principal problema del anarquismo, la médula de su ideal, es la libertad para todos.

La igualdad está contenida en el rango a que lleva al hombre, al considerarlo y respetarlo como una entidad libre.

No hay privilegios de cuna, ni diferencias de hombre a hombre que se puedan sostener razonablemente en un plano de libertad.

Preconizando y defendiendo la independencia, de hecho se anulan las castas, las clases y todos los órdenes gerárquicos

El anarquista, no quiere diferencias del sexo.

Libre el hombre, libres son sus afectos, todos sus actos y pensamientos.

Libre es su amor para la mujer, como el de ésta para él.

La mujer, es considerada en el mismo plano humano que el hombre, con sus mismos derechos.

Tan libre es el hombre como la mujer en sus afectividades, y en vivir del modo que les plazca, y en organizar a su gusto la vida familiar.

El anarquista, en esto como en todo, sustenta un criterio de libertad; tanto para los actos, como las ideas.

La propiedad, tal cual se le entiende en el régimen actual, favorece el privilegio de unos, crea clases y es un factor de esclavitud.

El anarquista, la combate, porque así entendida, es un factor de diferenciación gerárquica y significa un verdadero crimen.

El único concepto de propiedad que es respetable, es aquel que concuerda perfectamente con la libertad que se proclama.

La obra que un hombre realiza conscientemente, es una prolongación de sí mismo, algo que le pertenece indiscutiblemente.

Un concepto de propiedad, es el valor que damos al derecho a la obra que realizamos, donde ponemos, esfuerzo, inteligencia y voluntad.

El obrero, tiene derecho a lo que produce; luego, el capitalista, no puede tener derecho a lo que él no produce, es decir que no tiene razón en usufructuar el esfuerzo de otros hombres.

En buena lógica, lo que significa el acto del capitalista, es: es apoderarse injustamente de la propiedad ajena; realizar un atentado contra la propiedad verdadera; espoliar al amparo de la fuerza, delinquir.

El anarquista, supone que los hombres deben respetarse, deben entenderse, deben tolerarse recíprocamente.

Cualquiera que sean las creencias de cada uno, no habrá conflicto, si se eleva por sobre todo, el ideal de libertad.

Lo que dificulta el progreso del hombre y la felicidad del mundo, es la autoridad arbitraria con que se invisten unos cuantos seres, que constituyen lo que se llama un gobierno.

En este punto, no hay vacilación, ni es posible la tolerancia.

No hay libertad posible, ni dignidad, allí donde pesa sobre el hombre una autoridad estraña.

¿Piensa del mismo modo, este compañero teosofista? Si tiene un concepto semejante, sea bienvenido entre nosotros, llámese como se llame, crea o no en otra vida.

Sea bien venido en el aporte de su esfuerzo a la obra humanitaria y magna de la libertad del hombre, «sueño realizable de los justos», como él dice.

En el Frigorífico Armour de Livramento

Hay una empresa constructora de Cemento Armado en Montevideo —Adams y Shaw—que está realizando los trabajos de construcción del Frigorífico Armour, en Santa Ana de Livramento. Dicha empresa, la componen inhumanos capitalistas que tienen solo ojos y voluntad para explotar y oprimir a sus trabajadores.

En Montevideo, es donde obtiene el mayor número de sus víctimas. Es el punto de enganche de obreros, a los que se les promete un mundo de atenciones y compensaciones que jamás se materializan en los hechos.

Son empresas de negreros, que practican todavía los métodos esclavistas.

Aquí se negocia con todo; se roba el salario que pagan a los obreros, en los artículos que se le venden. Principalmente en el ramo de farmacia, atendidos al imperio de la necesidad, se cobran precios tales por los remedios, que es una verdadera extorsión.

Razones de humanidad, aquí no se conocen. Ahí va un ejemplo: Gorge Antonich, austriaco, murió como un perro sin poder obtener asistencia médica. No obstante, en Montevideo, se les dice a los obreros que aquí, en el trabajo, nada les faltará.

Este obrero albañil, no logró nada de la empresa, ni siquiera pudieron obtener sus compañeros que se le cedieran unas tablas para hacer el cajón que había de contener sus restos, viéndose obligados a conseguir fuera del establecimiento una puerta vieja, con ese fin.

Por mala alimentación, el clima y las condiciones del trabajo, los obreros no pueden resistir las diez horas que dicha empresa impone como jornada mínima. Sépanlo los obreros albañiles, a quien la Empresa Adams y Shaw, contrata en Montevideo.

Esto es un infierno, un antro de crueldades y martirios. De aquí, unos después de otros, vamos huyendo todos, de ahí el celo que emplean los negreros en contratar, es decir, en engañar a obreros en Montevideo y Buenos Aires.

Cumplimos con un deber, en poner estos hechos en conocimiento del proletariado.

Los obreros del Frigorífico Armour.

Rebollo en el Cerro

Aquel bandido de Rebollo, acostumbra a castigar mujeres en la comisaría 2.ª, está actualmente de comisario en el Cerro.

Su primer acto cuando llegó allí,

fué prometer castigar a los trabajadores, vendiendo sus servicios a los negreros de los Frigoríficos; el segundo, es ponerse en relación con las casas de juego y reclamar, bajo pena de persecuciones etc., las coimas y gangas correspondientes; la tercera, es cometer a troche y moche la mar de tropelías, entre las cuales vamos a mencionar una de las más recientes que lo pintan de cuerpo entero.

En la noche del día 31, falleció un obrero español de apellido Maneiro, de 61 años de edad, en la habitación de otro trabajador. Maneiro, encontrándose enfermo, había sido desalojado de su habitación por no poder pagar. Un obrero de noble espíritu y con sentimientos humanos, le recogió en su habitación y puso todo su empeño en obtener para el infortunado Maneiro, la asistencia médica. A tal efecto concurrió una y otra vez a la comisaría para solicitar los auxilios de la Asistencia Pública. La Asistencia Pública no concurrió nunca al llamado, y el obrero Pagola, en pago de su celo para salvar la vida de un semejante, fué insultado y detenido, y amenazado por añadidura de ser remitido a la jefatura si no dejaba de ir a molestar en la comisaría.

Este insólito y delincuente proceder, se repitió con otros vecinos, que concurrieron también a la comisaría con el mismo objeto.

La consecuencia de todo esto, fué que Maneiro, murió sin asistencia médica el 31 de Octubre.

Según informaba un diario burgués, fecha 3 del corriente, como no había recursos para inhumar a dicho obrero, hacía 70 horas que el cadáver estaba de cuerpo presente en la habitación de Pagola, sin que la policía se preocupase en lo más mínimo para darle sepultura, apesar del peligro que el hecho importaba para la salud pública.

Esta es una de las hazañas del estupendo Rebollo, uno de los más grandes delincuentes que revistan en las listas policíacas.

El número de sus tropelías, es infinito.

Ya lo dijo, el otro día: «en la primer huelga que haya, ya sabrán los obreros quién es Rebollo!»...

OBREIRO CERRENSE.

El pic-nic de EL HOMBRE

No ha sido aún fijada definitivamente la fecha en que se realizará el pic-nic a beneficio de «EL HOMBRE».

Esta actitud ha sido adoptada por las mismas razones que determinaron su primera suspensión.

Sin embargo, esperamos poder indicar en nuestro número próximo el día que dedicaremos para llevar a cabo esta tan deseada fiesta anarquista.

NOTAS ADMINISTRATIVAS

Elorz.—Pague a «El Burro», de B. Aires 6.60 m/n., de B. Ragni. A. Allicir.—Recibimos 1 nacional. Fué carta.

Para todo lo relacionado con nuestro semanario en la República Argentina, diríjase a nuestro agente: Francisco Elorz, Piedras 1348.